

## **UNO DE LOS TANTOS “UNOS” DÍAS DE KEVIN GUNTHER**

**Enzo Goin del Río**

Despertó. Era jueves por la mañana. Los experimentos habían sido realizados con éxito; Kevin Gunther finalmente arribó a la conclusión de que el mundo no podía existir.

Tras un minuto de silencio se puso de pie y observó su precario laboratorio acondicionado en el sótano de la casa de su madre. Una sonrisa se dibujó en la comisura izquierda de sus labios.

¡Ahora pues! Qué dirían sus familiares. Pena por ellos, que habían desperdiciado sus vidas en empresas ajenas. Qué dirían sus compañeros, que lo único que tenían para jactarse era una familia con alborotados niños y peludas bestias babosas, cuya descripción, para Kevin, era perfecta para detallar a perros tanto como a esposas.

Recopiló sus anotaciones colocándolas en un gran fólder que había cubierto con cinta adhesiva negra para que nadie, sobre todo los hombres de blanco, pudiesen ver el contenido. Debía informar a Ricardo Molinari acerca de los descubrimientos que, según él, revolucionarían el mundo. Era una empresa peligrosa, pero alguien debía hacerla.

Se armó de coraje y, sorteando su paso entre buretas, placas de petri, tubos de ensayo, mecheros y demás herramientas que se encontraban regadas en el piso, logró llegar a la escalera que lo llevaba directamente a la puerta que separaba la cocina del sótano. Presionó el fólder contra el pecho para huir así hasta la casa de Ricardo, el único lugar seguro de la ciudad. Empujó la puerta con el pie, pudiendo captar los últimos

retazos de una conversación que súbitamente se detuvo al son del quejido metálico de las bisagras.

Decidió espiar; arrastró su rostro sobre la puerta hasta que pudo observar la cocina, dentro de la cual pudo divisar a tres personas que no reconoció. Su corazón dio un salto, por un momento creyó que eran agentes encubiertos de los hombres de blanco, pero no era así. Poco a poco se percató de que eran sus padres y la criada, aunque algo extraño sucedía, el trío parecía tener un mínimo de diez años más sobre sus semblantes.

“Es el efecto Gunther, el tiempo se ha distorsionado rápidamente”, pensó para sus adentros, al tiempo que se escondía tras la puerta con una mezcla de temor y satisfacción. Este fenómeno era la proyección de su experimento, la verificación de su teoría.

Se encontraba realmente excitado. Inhaló y exhaló varias veces, pensando que junto con el aire se iría también la ansiedad. Decidió mostrarse. A grandes zancadas se dirigió a la puerta principal, se percató de que a pesar del tiempo transcurrido por el efecto Gunther la cocina permanecía exactamente igual. Saludó nerviosamente a sus padres con un “buenos días” y abrió la puerta.

—Justo a tiempo —escuchó decir a su padre en el momento exacto en que la puerta se cerró detrás de él. Se quedó en una pieza. “Justo a tiempo”. ¿Cuál era la razón de dicho comentario? ¿Estarían sus padres en contacto con los hombres de blanco? ¿Sería mera coincidencia o habría algo con lo que no contaba tras el paso de diez años?

El temor a ser presa fácil hizo que saliera de su estupefacción y reanudase el camino hacia el departamento de Ricardo. El paisaje de la ciudad había cambiado; su único deseo era que su amigo viviese aún en el mismo departamento.

Caminó por calles desconocidas, temeroso, sintiéndose constantemente observado. Conforme avanzaba, terribles escenarios cobraban vida en su imaginación. La ansiedad no demoró en embargar por completo su ser. Respiración pesada, corazón acelerado. Pánico.

Se detuvo en una esquina, apoyándose contra la sucia pared de un edificio derrelicto.

“Mira hacia arriba e inhala profundamente; exhala a mayor dilación posible. Tranquilo Kevin, tranquilo. Todo está bien”, se reconfortó hasta que pareció recobrar la cordura. Fue con el último respiro en que bajó la mirada y los vio. Parados en la calle de enfrente con sus batas blancas, esperando el momento preciso para silenciarlo y arrancar de sus manos el trabajo de toda una vida. El tiempo pareció congelarse en esa imagen y, sin saber en qué momento, empezó a correr. No reconocía nada, no había casas sino departamentos, supermercados y oficinas. Volteó; su temor no era infundado, le seguían el paso.

“Moriré. Si me atrapan soy hombre muerto”, pensaba desesperado. Su pecho le ardía, tensionando su rostro en muecas de dolor. Al llegar a una esquina pudo divisar al guardián de un edificio.

—¡Ayúdame muchacho! —le dijo deteniéndose a su costado, jadeando, pero este no se inmutó—. ¡Ayúdame carajo, no ves que me están siguiendo!

Al ver que el guardia no parecía sorprendido se convenció de que este era un aliado de los hombres de blanco y, en un paroxismo de terror, empujó al supuesto secuaz haciéndolo caer. Los de bata blanca habían ganado terreno, encontrándose ya muy cerca cuando Kevin emprendió la marcha nuevamente.

—¡Este no era el trato! —a lo lejos escuchó vociferar al guardia—. El trato —pensó—. Sí, era un maldito secuaz. Kevin se sintió desamparado, ya no sabía en quién confiar; Ricardo era la única salvación.

Debía llegar a la calle 19 y se encontraba en la número 11. Su resistencia física no era buena, sentía el cuerpo reventar de dolor. Divisó un centro comercial y decidió perderse entre el laberinto de tiendas. Los hombres lo siguieron hasta el interior pero lo perdieron de vista. Kevin se encontraba en dirección al tercer y último piso del centro. “Moriré antes de ser atrapado”.

Trepando la escalera que daba al último piso se percató de que los de blanco lo habían divisado y se dirigían directamente hacia él. Uno de ellos hablaba por celular.

Debía ocultar su trabajo, así que lo arrojó al primer basurero que se cruzó en su camino. “Si muero me llevo mi trabajo a la tumba”.

Dirigiéndose a las barandas de seguridad del tercer piso sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, erizando cada vello en friolentos espasmos.

—¡No podrán capturarme! ¡Quédense allí o les juro por mi madre que me tiro! —clamó mientras se acercaban. Para su sorpresa no solo eran hombres sino también mujeres y todos parecían realmente atemorizados, todos menos uno, el de pelo gris de más edad.

—Usualmente no llegamos a estos extremos —dijo el agente de pelo gris a sus secuaces—, hoy día ha despertado un poco exaltado.

—Esto evidenciaría la predominancia del temperamento ¿no es así señor?, —preguntó una agente de cabellos rubios y mirada curiosa—, es decir: los estados de ánimo se ven influenciados por algo más que vivencias.

“Ni crean que caeré en sus tretas” pensó; estaba seguro de que todo era un juego psicológico para confundirlo y capturarlo. Colocó un pie en la baranda más cercana al piso como amenaza para que cesaran con el juego, pero el señor no se inmutó.

—Te olvidas del inconsciente Rubí, —respondió el señor—, no olvides que nuestros estados de ánimo también se ven influenciados por ese factor.

—Pero —interrumpió un muchacho desgreñado de apariencia hippie—, como puede haber inconsciente sin una memoria que lo genere.

“Memoria, inconsciente...”, Kevin cavilaba sin encontrarle sentido a la conversación.

—El inconsciente, Pablo, opera en un nivel muy distinto a nuestra memoria consciente. Tú puedes no recordar por qué te dan miedo las arañas, pero te aseguro que fue tu madre o tu padre los que inocularon dicho temor y, ahora, duerme profundamente en tu inconsciente para despertar cada vez que ves a un inofensivo arácnido.

—Comprendo —comentó Rubí, algo más despierta que Pablo—, es por ello que el sujeto tiene una aversión hacia las personas con bata blanca, incluso cuando nunca vio una hasta después del accidente. ¿No es así señor?

—Es la explicación más plausible —confirmó—, y dada su complicada situación, es quizás la única.

Kevin escuchaba con claridad la conversación y cada vez se encontraba más confundido. Su mente ofuscada lo llevó a colocar el otro pie en la baranda. Los de blanco se estremecieron, incluso el aparente líder.

—Kevin baja de allí, no somos tus enemigos —aseguró el hombre—, hemos venido a ayudarte—. Kevin se sintió ofendido. Cómo era posible que intentasen convencerlo con tan estúpida declaración.

—¿Acaso me consideran imbécil? —repuso irritado.

—Increíble —exclamó Rubí—, se puede observar la delusión y suspicacia de las personas con su condición.

—¡Ya cállense! —gritó desesperado.

—Jóvenes, por favor. Estamos complicando la situación con nuestros comentarios; la observación... la observación no debió salir de esta manera.

Kevin, desesperado y con el corazón en la garganta, subió a la segunda baranda.

—Por favor baja, de nada te servirá tirarte —rogó el señor, evidentemente preocupado.

Por un breve instante reinó el silencio, hasta que de pronto un rostro conocido apareció a lo lejos, conmocionando a Kevin.

—¡Ricardo! ¿Qué diablos sucede?

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Ricardo mientras se acercaba sin titubear—, estos son nuestros compañeros de trabajo, están preocupados ya que hace días no te muestras y tú eres el líder de la operación.

“Compañeros, operación”, pensó con detenimiento. “Tiene sentido. Quién sabe qué pueda haber pasado en diez años. Ahora comprendo la incoherencia de su conversación. Querían distraerme ya que sabían que no me convencerían de otro modo. Qué astutos, típica idea de Ricardo”, pensó, recobrando el aplomo y bajándose de las barandas al tiempo que Ricardo llegaba a su costado. Este último lo abrazó prolongadamente.

—Pensábamos que te había sucedido algo, un experimento fallido quizás.

—Se podría decir que sucedió algo de dicha naturaleza, verás... —exclamaba, hasta que sintió un cosquilleo recorriendo sus piernas, extendiéndose a su estómago y subiendo. De pronto perdió el balance y cayó, para sorpresa suya, a los brazos de Ricardo.

—Listo —susurró Ricardo.

—Tú... —balbuceó— también.

Kevin, tumbado por alguna droga soporífera, aún lograba observar y distinguir los ruidos del ambiente, por lo que pudo ver entre mosaicos de psicodélicas proporciones, al señor de cabello gris acercarse.

—Muchas gracias nuevamente Ricardo, felizmente contestaste el celular —dijo mientras posaba una mano en su hombro—. La esquizofrenia para-

noide es una patología mental grave. Delusiones, aprensión... todos somos enemigos en su ideación. Espero no te sientas mal.

—No se preocupe doctor —repuso Ricardo, observando a Kevin en el suelo—, comprendo la situación. Lo que no deja de sorprenderme es que no se altera al verme más viejo que cuando perdió la capacidad de generar nuevas memorias a partir del accidente. Es decir, su último recuerdo es de cuando teníamos treinta y cinco años y ahora tengo cuarenta y siete, la ciudad, sus padres... todo ha cambiado. ¿Cómo es posible que no se impresione?

—Su situación es única, por ello es importante que un estudiante de psicología observe su comportamiento —aseguró el doctor agachándose para tomar el pulso de Kevin—. Antes del accidente provocado por él mismo en una de sus pruebas, la esquizofrenia le había llevado a creer que el mundo no podía existir, debido a que, según él, el tiempo y espacio se podían distorsionar con sus experimentos. Ahora cada nuevo día amanece con esta creencia, la cual le lleva a racionalizar el hecho de que todo es distinto, la edad de sus padres, los cambios en la sociedad, etcétera. Es por ello que logra mantenerse estable, en cierta forma claro... ya que su vida es una verdadera pesadilla.

Los estudiantes de psicología se pararon en derredor de Kevin, formando un halo de níveas batas que

se mecían al compás del viento.

—Me apenan sus padres por tener que ver a su hijo levantarse a la misma hora todos los días y en ese estado —comentó Rubí.

—A mí, por lo pronto, me preocupa el guardia del edificio. Tendremos que hablar nuevamente con él. Pablo —dijo el doctor al levantarse—, recoge el fólder por favor, se debe encontrar en algún basurero.

Kevin estaba seguro de que intentaban lavarle el cerebro para que al despertar puedan engañarlo y así decodificar la información de sus anotaciones. “Malditos embusteros”, pensó, para luego quedar profundamente dormido.

Un sueño extraño removió sus entrañas, activando funciones de vigilia.

...

Despertó. Era viernes por la mañana. Los experimentos habían sido realizados con éxito. Kevin Gunther finalmente arribó a la conclusión de que el mundo no podía existir.